

---

## CIENCIA, REVOLUCION INDUSTRIAL Y PRODUCTIVIDAD

---

RODOLFO HERNÁNDEZ CORZO  
Instituto N. de la Investigación Científica México. D. F.

Las cuatro palabras que encabezan este trabajo expresan tres conceptos de connotación tan profunda y de tan extensa significación en la vida contemporánea, que consideramos nuestro deber aclarar desde el principio, que un análisis fundamental y autorizado de los problemas que encierran, queda fuera de nuestras posibilidades y, desde luego, al margen de nuestra intención.

Se trata más bien de aprovechar la oportunidad de que nuestra Sociedad concluye con la sesión de hoy la docta serie de sus trabajos para 1956, formulando —con las limitaciones del caso— una llamada de atención sobre la creciente importancia de las correlaciones e implicaciones que han asumido los fenómenos a que nos referimos, dentro de la estructura social de nuestros días. Tiene lugar nuestra presentación con el ánimo de destacar los aspectos económicos de los afanes científicos de nuestros hombres, que no por ser investigadores son menos sensibles a los progresos del desarrollo general del país o de sus niveles de vida. Así es, en efecto, puesto que ha sido noble preocupación de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, la de realizar y coordinar la actividad científica bajo el signo de cada época: en otras palabras, al contribuir a la ciencia, no sólo dejar historia, sino vivir la historia. Y vivirla con todos los anhelos, aspiraciones y preocupaciones supremas que distinguen al mundo estremecido de estos días, y, para el caso de México, con la mira puesta en las luchas por nuestra evolución, en la que corresponde un papel más y más importante cada día al indagador y el educador científico. La ciencia ha venido a ser la clave del progreso actual del mundo, basado en la revolución tecnológica de los pueblos y en la organización científica del trabajo. Por consiguiente, nuestro deseo no es otro que el de hacer resaltar el gran interés nacional de los esfuerzos de este grupo y otras asociaciones semejantes, enfocando los problemas desde el punto de vista del científico profesional, y con un interés de conjunto, puesto que una discusión bajo las luces de la teoría y experiencia económicas, corresponde a los especialistas de estas materias. Seguramente hay en México científicos profesionales cuya preocupación investigadora se enfoque hacia la estructura económica de la ciencia y sus relaciones con otros sectores de la actividad social, y seguramente existirán economistas cuyos pensamientos y actividades sean capaces de valorar con autoridad el papel de la ciencia en el desarrollo económico de los pueblos. A ellos corresponde en realidad esta tarea y el conferenciante se dará por satisfecho si logra llamar una vez más la atención de estos especialistas sobre un problema que consideramos fundamental: el de la contribución concreta y a corto plazo del científico al nivel de vida de las comunidades sociales especialmente en los países de escaso o incipiente desenvolvimiento tecnológico. Por otra parte, el valor de la ciencia como actividad humana pura, no recibe con esto sino una reiteración más de nuestra admiración.

A nivel internacional un simple análisis preliminar de la situación nos indica que en la actualidad la ciencia y la técnica constituyen uno de los recursos más importantes para el progreso material y cultural de los pueblos. La tecnología, sumada a los bienes de capital, al espíritu de empresa y a los recursos institucionales, es la base del desarrollo económico de todos los países. Pero su importancia se hace más notable en aquéllos que por diversas razones se han rezagado en su industrialización, los “subdesarrollados”, que para muchos aspectos no son sino países con estructura económica inadecuada, con métodos de explotación de sus recursos fuera de la época, y con una distribución casi siempre injusta de los beneficios obtenidos por la técnica y el trabajo de sus hombres.

La verdad es que la ciencia y, sobre todo, la técnica, han venido cobrando tal significado económico, social y político, que su fuerza puede incluso amenazar a otras instituciones o creaciones del espíritu humano, a menos que se la coordine oportunamente y se la encauce para servir al engrandecimiento material y moral del hombre. Todos los pueblos han despertado ya a estas ideas y comprenden claramente la potencialidad económica y política que implican. Los sectores revolucionarios de todos los países enfocan hacia el desarrollo tecnológico muchas fases de sus movimientos de orden social, agregando con ello un fuerte significado demagógico —en el bueno o en el mal sentido de la palabra— a la ciencia y a la tecnología.

Con el deseo de simplificar la presentación podemos resumir este panorama en la observación siguiente: con base en unos cuantos factores fundamentales —contando entre los más importantes el desarrollo científico y tecnológico— los países se pueden clasificar actualmente en dos grandes grupos con características políticas y económicas bien conocidas:

a) Unos cuantos pueblos plenamente industrializados y, por consiguiente, llamados “autosuficientes”, y

b) Un gran conjunto de países subdesarrollados, con evolución tecnológica en diversos grados de adelanto, y con los que se puede formar todo un espectro del desarrollo, que iría desde lo más precario en los francamente “dependientes”, hasta “suficiencias” parciales en los que evolucionan más aprisa hacia su industrialización.

Los nombres los conocemos todos.

Por razones obvias, los países menos desarrollados enfatizan cada día más las correlaciones políticas de su tecnificación, y el desarrollo industrial forma parte de los programas de sus gobiernos, y aun de las ayudas internacionales de los más fuertes, los que, a su vez, cada día se muestran más interesados en “auxiliar” a los subdesarrollados a elevar su capacidad tecnológica y de absorción de productos.

En este orden de ideas, cabría considerar interrogaciones sociales de este tipo: ¿es posible, o es conveniente, o es indispensable para la armonía internacional que todos los pueblos alcancen simultáneamente el mismo nivel de desarrollo tecnológico? ; ¿cuáles son los criterios que definen esta armonía internacional en términos de las aspiraciones de los pueblos, y cuál la contribución del desarrollo tecnológico a una estructura realmente armonizada? ; ¿existen factores determinantes que conduzcan necesariamente a todos los pueblos al mismo nivel de evolución tecnológica, como a una especie de meta final de una era de progreso universal? ; ¿o este determinismo —en caso de existir— presupone la persistencia de la serie de estratos del progreso tecnológico que ahora contemplamos?

Sin desconocer el valor de una elucubración filosófica sobre estos temas, un enfoque práctico de la situación puede ser el siguiente: el desarrollo científico y tecnológico (y sobre todo el de sus motivos económicos) se encuentra en una fase de velocidad acelerada, que se puede representar, con variaciones, mediante una gráfica de tipo exponencial. En estas condiciones, se siente uno tentado a señalar que los países subdesarrollados *ya no podrán alcanzar a los de la escala superior*, a menos que:

1. Los superdesarrollados, por razones sociales o históricas disminuyan su velocidad de progreso, o, incluso lleguen a una “meseta” en su curva de evolución científica y tecnológica, o en el empleo político de sus elementos científicos y técnicos; o

2. Los subdesarrollados continúen su progreso con métodos especiales, o marchas forzadas, a mayor aceleración que la que “espontáneamente” impulsó a los que llegaron a la cumbre primero, es decir, métodos revolucionarios; o

3. Los superpaíses se “extiendan” por factores de su propio expansionismo histórico, y trasciendan y absorban a las regiones menos desarrolladas, creando —si este es su interés— un progreso uniforme en todo el mundo; o

4. Los superdesarrollados, de buena fe y con buena voluntad, ayuden realmente a los de abajo a mejorar su nivel, incluso con la mira de establecer un solo plano equipotencial, o a la menos, la estructura armónica de que se habla al principio.

De estas cuatro alternativas, probablemente una combinación de la segunda y la cuarta sería lo más fructífero, hasta donde los métodos revolucionarios no provoquen excesivas suspicacias o luchas con los superpaíses, y hasta donde éstos deseen incluir la buena fe y la buena voluntad en sus relaciones internacionales.

Parece obvio, por consiguiente, que los pueblos menos tecnificados insistirán cada vez con mayor vigor en escalar los niveles de vida de los superpaíses, sobreacelerando su evolución tecnológica a base de una creciente utilización de la función económica y social de la ciencia. Parece obvio también, que conviene a los países superdesarrollados encontrar los mejores cauces para ayudar a la elevación de los niveles de vida de los más débiles, no solamente sin perjuicio de sus intereses nacionales, sino con la mira de contribuir así a la más pronta consolidación de su soberanía e independencia, y con vistas a una posible igualación en el disfrute del bienestar creado por el hombre y para el hombre.

Por ello reiteramos nuestra confianza en que una benéfica coordinación de esfuerzo interior y buena fe exterior representaría a lo menos una tendencia en el sentido de disminuir las tensiones internacionales y las corrientes de temor, incertidumbre y malestar, que podrían orillar a los pueblos a la desesperación o al “complejo del subdesarrollo” como fatalismo histórico ineluctable.

Por el tenor adoptado en estas páginas, parecería que queremos centralizar en la ciencia la clave de todo lo

bueno y todo lo malo de la presente época. O que, olvidándonos de los fines trascendentes que mueven a los científicos en la búsqueda del conocimiento, pretendemos señalar las funciones utilitarias de la ciencia con una primordialidad que, acaso, no les corresponda.

Realmente no es así. Hemos dejado a salvo desde un principio el valor de la ciencia como tal, como actividad humana que vale por sí misma, en todo tiempo y en toda situación. Nuestro empeño consiste, sin embargo, en destacar la importancia de no olvidar lo que los especialistas llaman la “historiedad” de la ciencia, o sea su sujeción a los cambios que sufren con el tiempo todas las actividades del hombre, incluso las propiamente creativas del espíritu humano, las que se adscriben a la inspiración, con las que se liga seguramente la investigación científica. En otras palabras que la ciencia de hoy no puede ser la misma que la de ayer, y que la de mañana será diferente a la de hoy, pues independientemente de lo que los científicos piensen que debe ser el contenido, el espíritu y la evolución de sus actividades, existe también lo que los conglomerados sociales y su transformación histórica piensen de sus científicos.

Es evidente, por otra parte, que el mero hecho de haber descubierto un arma del pensamiento tan poderosa como el método científico, al que se debe la inmensa potencialidad que distingue al hombre contemporáneo, no podría dejar de influir en los modos de convivencia de todo el mundo, y que éstos, transformados por la ciencia y la tecnología, ahora agregan a las actividades, al contenido y a la evolución científica una nueva dimensión: la de agente básico para el bienestar y elevación del nivel de vida, influyendo poderosamente tanto en la paz como en la guerra, según sabemos todos. O sea que un arma tan poderosa no podía quedar sólo en las manos y en los cerebros de los especialistas: es ya un patrimonio de los pueblos que se aferran a ella como un recurso de salvación.

Ayer apenas en la segunda mitad del siglo XVIII y parte del XIX, la ciencia era cosa de aficionados, era una actividad “amateurista”. Con las escasas posibilidades de aquellos días no existía el científico profesional, y la mayoría de los descubrimientos se debieron a aficionados que en la vida práctica tenían las más diversas ocupaciones. Así iniciaron su desenvolvimiento la geología, la botánica y la zoología, para no mencionar sino unos cuantos ejemplos entre las ciencias naturales. Durante mucho tiempo se desarrolló así la astronomía, y otras ciencias menos especializadas, menos técnicas, y aun las matemáticas frecuentemente las realizaban hombres con devoción por el pensamiento filosófico o bajo el atractivo de la lógica como actividad del pensamiento puro, que vivía de sus recursos privados. Los nombres de estos aficionados son célebres en la actualidad y su lista sería muy larga. Baste decir que entre nosotros, todavía existe el “amateurismo” científico en la provincia, con ejemplos que todos conocemos y admiramos.

Pero con el advenimiento de la revolución industrial en Inglaterra y Francia, se produjo un cambio notable de aquellas condiciones, en el que dicha revolución actuó simultáneamente como causa y efecto. Nació así la demanda por los científicos profesionales, cuya preparación exigía estudios especializados, y cuyos conocimientos y práctica ya no podían obtenerse dedicándose a otras actividades.

De la revolución industrial dice Alanís Patiño en un estudio reciente, “que se trataba de un vasto movimiento de trascendental importancia para la historia de la humanidad y cuyos efectos aun no terminan”. “Causa y efecto —continúa— de complejos cambios económicos y sociales surgido en aquellos países como resultado de una feliz combinación de elementos geográficos e históricos que no pudo repetirse en otros sitios en igualdad de circunstancias, pero que se extendió posteriormente a Alemania y a los Estados Unidos y, ya a fines del siglo pasado, a la Rusia Zarista y al Japón.” Después de las dos grandes guerras mundiales ha comenzado a penetrar también al Lejano Oriente y América Latina. No tardará en llegar incluso al Continente Africano en su totalidad para alcanzar extensión universal.

Ahora bien, la ciencia no realizó ni realiza la Revolución Industrial ni ésta es prerequisite para la primera. Pero sabemos que sin la máquina de vapor, sin el desarrollo de la mecánica, sin los conocimientos sobre el hierro, el carbón y la electricidad, la revolución industrial no habría marchado sobre las paralelas del ferrocarril ni sobre las comas del mar o de los hilos telegráficos. Y sin los recursos e intereses que la revolución tecnológica puso en las manos y en la mente de los pueblos la ciencia contemporánea probablemente seguiría siendo hoy cuestión de “amateurismo” o, en el mejor de los casos, actividad purista del espíritu. Ha habido, por consiguiente una catalización mutua que ha transformado literalmente y a gran prisa la superficie de la Tierra. En breve, la revolución industrial añadió a la ciencia su primera dimensión económica, y la ciencia dio a aquella transformación su enorme potencialidad y persistencia, su universalidad y su profundo contenido humano. Ambas son responsables del presente desarrollo económico y social, con la salvedad de que la ciencia, además de esto, tiene también méritos de otro orden que añaden a su valor.

Por otra parte, no es nuestra intención resumir en este trabajo la historia de la revolución industrial ni la de sus

consecuencias a nivel social o económico. Pero sí queremos recordar que este mismo año la Organización de las Naciones Unidas señalaba certeramente que, “en la actualidad, una gran parte de la humanidad (la mitad aproximadamente) vive en regiones donde la producción industrial y las condiciones de vida que son su consecuencia, son sumamente bajas”. “El mundo —insiste la Organización— presencia en la actualidad el gran esfuerzo que realiza la mayoría de los países para colocarse a la altura del desarrollo industrial y los altos niveles de vida del resto. Por cuanto afecta a todos los continentes y a la mayor parte de los habitantes de la Tierra, es éste *el movimiento económico y social de mayores alcances en la historia contemporánea*”. ¿Cómo —entonces— podemos dejar de conmovernos?

Y, ¿cuál es el caso de pueblos como el nuestro, en plena lucha por su desarrollo, al igual que otros de Ibero-América? Ibero-América son veintiún naciones. Son también veintiún millones de kilómetros cuadrados y veintiún decenas de millones de habitantes. Un séptimo del área mundial habitable con menos de un décimo de la población total del globo. Es decir, 10 habitantes por kilómetro cuadrado, contra 50 en Asia y 80 en Europa, sobre un territorio abundante y diversificado en recursos naturales.

Y, sin embargo, estas veintiún naciones forman parte, en gran medida, de esa población que la ONU señala como desconocedora aún de la revolución industrial. En promedio de cada 10 de estos habitantes, 6 viven en la pobreza y la ignorancia, cuando no en la miseria misma, o sea que para una gran masa de estos pueblos, el bienestar y la salud, el trabajo alegre y fecundo, la educación y la cultura son mas bien objetos de contemplación que de disfrute. Hace 150 años, 8 hombres de cada 10 tenían que dedicar 4 500 horas por año al duro trabajo de la tierra para alimentar al resto de la población en todo el mundo. En la actualidad, en nuestro país, todavía 5-6 hombres de cada 10 tienen que trabajar más de 3 000 horas en actividades primarias, cuando bastan menos de 2 por cada 10 trabajando menos de 2000 horas por año en los Estados Unidos.

Cuestión de organización científica del trabajo, cuestión de niveles de vida, cuestión de revolución industrial no cabe duda. En una palabra, cuestión de productividad. Naturalmente, puesto que se trata aquí de un tema del desarrollo social y económico el asunto es mucho más complejo, y habría que emplear en mayor grado puntos de vista históricos o institucionales, además de los elementos usuales del análisis económico, para llegar a una mejor evaluación de las situaciones. Pero sigue siendo válida la observación de Buchanan y Ellis de que el notable crecimiento de la producción y de los niveles de vida en los países industrializados a partir de 1800, parece atribuible a cuatro factores básicos: espíritu de empresa, *innovaciones y progreso tecnológico*, acumulación de ahorros y capitales, y una creciente especialización y comunicación entre personas, países y regiones, tanto nacional como internamente. Es decir, hay países capaces de una elevada tasa en la capitalización, que va paralela con una acelerada acumulación de progreso tecnológico, junto a países que, bajo presiones demográficas y políticas, sienten la urgencia de desarrollarse cuanto antes. Hacemos hincapié en la observación sobre el paralelismo entre la acumulación de capitales y la acumulación de progreso tecnológico, que crea la divergencia cada día mayor entre unos países y otros.

Podemos ahora preguntarnos: ¿de qué magnitud es la diferencia? Para referirnos a México y usando solamente un índice, podemos resumir la situación como sigue. Según Bravo Jiménez, suponiendo que la meta fuese alcanzar niveles de producción y de poder adquisitivo que permitiesen al mexicano promedio el nivel de vida presente para el habitante promedio de los Estados Unidos, “tendríamos—dice este autor— que consumir 10 veces más fertilizantes por hectárea cultivada; producir, por habitante, 25 veces más ácido sulfúrico, 40 veces más hierro y 30 veces más acero. Contar con 25 refrigeradores, en vez de sólo uno por cada 1 000 habitantes; 50 lavadoras por cada 2 000 en vez de una que ahora tenemos; tener cuatro veces más y modernos husos para hilados y tejidos de algodón; producir 60 veces más carbón mineral; dotar de 280 automóviles a cada 1 000 habitantes en vez de 9 que ahora poseemos, suponiendo que hubiera 440 metros de carretera por kilómetro cuadrado y no 12 como hay. En fin, habría 27 teléfonos por cada 100 habitantes y no uno, y se consumirían cuatro veces más recursos energéticos en todas sus fuentes”. “En estas condiciones, concluye Bravo Jiménez, se necesitaría llegar al año 2010, si los Estados Unidos no progresaran más, o al 2050 ó 2100 considerando dinámicamente todos los parámetros del problema”. Esta es la medida de la diferencia.

En breves palabras: mientras los superpaíses se preparan para realizar su segunda o su tercera revolución industrial, o viven ya la segunda o tercera fase de dicha revolución, nosotros aun no realizamos la primera y la vivimos incipientemente. Mientras los superpaíses hablan espectacularmente de fuentes de energía nuclear, de automatización de la producción, de investigación industrial y de investigación de operaciones para aumentar aún más su productividad, nuestra diferencia en “densidad tecnológica” representa un retraso de 100 ó 150 años.

Y bien. Expuesta la situación en estos términos (quizá aparentemente dramáticos, pero resultado de un análisis sereno y ecuánime), podría caerse en un señalamiento exagerado de los aspectos negativos del problema. También existen numerosos aspectos positivos que revisaremos brevemente.

En cuanto a nuestra posición general, lo primero que debe recordarse es que los habitantes de países subdesarrollados tenemos, por lo menos una ventaja: que ante los esfuerzos de nuestro trabajo las posibilidades de progreso son enormes, y ya conocidas y exploradas por otros. En segundo lugar, si existe la necesidad de buscar soluciones mexicanas a los problemas de nuestro desarrollo incluyendo el de la revalorización y nuevos patrones para el uso de nuestros recursos, ya otros autores han señalado que la experiencia de las instituciones mexicanas permitirá siempre aportar soluciones originales para los viejos problemas humanos, lo que nos arma de una gran confianza.

Es positivo también nuestro vigoroso crecimiento demográfico si se acompaña de modificaciones estructurales adecuadas de la fuerza de trabajo. Nuestra capacidad de crecimiento económico —reconocida también diariamente— es superior a la de Ibero-América en conjunto, y con una tasa tres veces mayor que la de Estados Unidos. El ambiente social es asimismo receptivo para la superación tecnológica. En otras palabras, cada día gana elementos nuestra productividad y las tendencias —que son lo importante en los problemas de desarrollo— son francamente favorables.

Por consiguiente, no puede haber duda de que México ha iniciado ya su revolución industrial, y que la realizará a través de una lucha por el incremento de su productividad interpretada ésta como una medida del progreso técnico, como un método científico para la organización del trabajo, y como un medio de lograr una más justa distribución de los recursos y de los productos de las actividades de sus hombres.

No se repetirán todos los pasos dados hace más de un siglo por Inglaterra, Francia o los Estados Unidos. Se aprovechará el afán revolucionario de nuestro pueblo para encontrar, aquí también, una solución mexicana, es decir, que recoja todo el impulso de nuestra historia. Será una revolución planeada, que coordine las aspiraciones nuestras con las ventajas de la comunicación internacional. Después de todo, el pueblo que ha realizado su revolución de Independencia, su revolución de Reforma y su revolución popular, también realizará su cuarta revolución: la de su *mexicanidad tecnológica*. Insistimos en este doble nombre, por el convencimiento de que, histórica y geográficamente, México no tiene necesidad de volver continuamente la vista ni a uno ni a otro lado de los océanos, ni al norte, ni al sur, para encontrar su rumbo social y económico. Posee premisas y métodos propios y, además el paso que adopte para recorrer un camino —que por el peso de la historia ya no puede ser el mismo que llevó a los superpaíses a su actual posición— deberá ser sobrea acelerado, conscientemente revolucionario, con un mayor impulso aún del que movió a aquéllos, por tratarse de una recuperación de más de un siglo.

La propia Organización de las Naciones Unidas, al urgir a los pueblos menos desarrollados a incorporarse al movimiento tecnológico mundial, hacía ver en mayo de este año, que “cuando se inició en el occidente dicho movimiento, éste no influyó inmediatamente en el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo. Incluso estuvo acompañado en un principio, de una ruda explotación de los trabajadores, de la formación de inmensos barrios bajos y del esparcimiento de la inquietud social”. “En nuestra época —continúa la Organización— la expansión de la revolución industrial ha estado acompañada del despertar de la conciencia social de los pueblos y de los gobiernos, lo que no era así al tomar impulso en el siglo XIX”. Precisamente, añadimos nosotros, en estos esfuerzos encaminados a lograr el justo equilibrio entre el desarrollo económico y el desarrollo social, es donde países como el nuestro, con una gran experiencia política, tienen muchas proposiciones originales que aportar, y sabrán la manera de evitar los errores del pasado, aprovechando las lecciones que otros hubieron de aprender dolorosamente.

Pero, metodología y estructura social propias, no pueden significar aislamiento ni falta de comunicación o de cooperación. Ni siquiera del país que realizó su revolución industrial primero que todos podría decirse que la realizó aislado. Tratándose de cuestiones científicas y técnicas, México no puede menos que recurrir a la cooperación internacional, o haría su retraso más grave todavía. Por eso es la ciencia una especie de capital universal, contra el cual giramos todos cada día, si queremos progresar y ser mejores.

Se ve ahora bien claro por qué expresábamos al principio la necesidad de combinar un esfuerzo revolucionario nuestro, con una amplia colaboración internacional de buena fe como aquella a la que todo científico está acostumbrado.

Sólo nos quedan unas cuantas palabras para terminar, con una pregunta y una respuesta. ¿Qué tiene todo esto que ver con las organizaciones científicas mexicanas y con el trabajo de sus especialistas y técnicos? La respuesta general va implícita en el propio análisis presentado. Pero, concretamente, queremos señalar con satisfacción que nunca como ahora será más valioso el trabajo de nuestros hombres de ciencia —de todas las especialidades— *justamente para que México no se sobregire* en sus peticiones a esa especie de banco internacional de la ciencia ya mencionado que es el capital científico y técnico del que depende el bienestar

humano presente.

Más que nunca se necesitará el trabajo del indagador y del educador científico, para formar la legión de técnicos y conocedores de las bases científicas del desarrollo de los pueblos. Por otra parte, México emprende su industrialización bajo el signo de la productividad, como medida del progreso técnico y como base para la organización científica del trabajo. Es necesario, por consiguiente, que nuestros especialistas e investigadores participen en este esfuerzo nacional en pro de nuestra "densidad tecnológica", entusiastamente conscientes de esta nueva dimensión social de la ciencia: la de factor primordial para el bienestar de los pueblos. De las virtudes académicas de la ciencia, esta Sociedad escribe más de un capítulo en cada una de sus sesiones, gracias a ustedes, sus colaboradores. Ahora llamamos la atención sobre sus gigantescas virtudes económicas y sociales, y hemos tomado la noción de productividad como clave, no sólo por ser su hora, sino porque como asegura Fourastié: "El progreso técnico no sólo permitirá sino obligará al hombre a especializarse en lo humano."

Para nosotros, lo humano es la ciencia, como lo es también nuestra responsabilidad en el porvenir de nuestros pueblos, lo que siempre tendrá un lugar entre las inquietudes de esta Sociedad tan docta como mexicana.